



La disputa en Chiapas

PRIMA FACIE

RICARDO MONREAL ÁVILA



ricardomonreal@yahoo.com.mx / @RicardoMonrealA

Hace 30 años, la región fronteriza de Chiapas que hoy disputan el *Cártel Jalisco Nueva Generación* (CJNG) y el *Cártel de Sinaloa* (CS) era parte de los llamados “municipios zapatistas autónomos pluriétnicos”, junto con otros 42 que tenían por referente político central a San Cristóbal de las Casas. Los reclamaba el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) como parte de un concepto más amplio llamado “región autonómica pluriétnica”.

Recordemos que los Acuerdos de San Andrés Larráinzar, firmados el 16 de febrero de 1996 por el Gobierno federal y el EZLN para el reconocimiento de los derechos y la cultura indígena en México abarcaban seis planteamientos: 1) derechos y cultura indígena; 2) participación y representación política; 3) remunicipalización; 4) garantías de acceso a la justicia; 5) situación, derechos y cultura de la mujer indígena y 6) acceso y transferencia de medios de comunicación.

Tales propuestas fueron retomadas parcialmente en la histórica re-

forma al artículo 2 constitucional, pero los acuerdos no fueron ratificados por el Congreso de la Unión y, por tanto, no se implementaron en su totalidad. Esto se debió a que el gobierno de Ernesto Zedillo esgrimió una serie de argumentos de *seguridad nacional* que, en su momento, sirvieron para no aceptar la propuesta.

Se denunció su naturaleza como “concepto separatista”; se dijo que “la nación perdería soberanía sobre los recursos del suelo y del subsuelo”, que “se abriría la puerta a las tendencias históricas secesionistas de la región del sureste” y que “además de una parte del río Soconusco, México perdería también los recursos hídricos, energéticos y forestales de la sierra Mariscal”.

Como en muchos otros momentos de la historia de México (la Cristiada, por ejemplo), las negociaciones con los zapatistas entraron en una especie de *aggiornamento* político, mediante el cual se admitían y aplicaban ciertas partes del acuerdo (beneficios sociales, apoyos económicos y reconocimiento de los pueblos indí-

genas), pero nunca se le concedieron al EZLN las demandas de control territorial, manejo de la seguridad y explotación de los recursos naturales.

No en Chamic, pero sí en Motozintla y Chicomuselo, el EZLN era recibido por la población con caravanas de aplausos y vivas a su paso. La “guerrilla romántica” desfilaba a caballo, con sus integrantes indígenas encapuchados, las cartucheras al hombro y sus rifles hechizos de madera. Fuera de aquel enfrentamiento del mercado de Ocosingo, donde el contador de las víctimas se detuvo —política e informativamente— en el número 200, no hubo, por fortuna, ninguna otra incursión militar de la histórica guerrilla de “tinta e internet” (Gurría *dixit*), la cual recordó al mundo que el México neoliberal que buscaba globalizarse tenía una deuda inconmensurable con sus pueblos originarios, y que antes de crecer en lo económico debía hacerlo en lo social.

Tres décadas después, la “guerrilla romántica” fue sustituida por una modalidad de *narcoguerrilla*, y los rifles de palo son ahora rifles de asalto; los caballos son camionetas Cheyenne artilladas; los encapuchados ya no son indígenas guerrilleros de la región, sino jóvenes sicarios.